

Optimismo Moderado

¿El Principio de un fin?

LORENZO MEYER

A menos de un mes de las elecciones presidenciales me declaro un optimista moderado en relación con el futuro del sistema político mexicano. Se trata del sistema de la estabilidad más larga en la historia de América Latina independiente, pero también del responsable de una de las distribuciones más injustas de la riqueza socialmente creada. Aventura pues esta afirmación: se ha abierto en 1988 la posibilidad de que, como país, iniciemos un proceso que signifique el principio del fin de un sistema político que cristalizó hace medio siglo y que empecemos la construcción de uno nuevo, que puede ser mejor. Es sólo una posibilidad, no una seguridad, pero vale la pena luchar por ella con optimismo moderado.

★

ACTUALMENTE un optimista moderado es alguien que adopta la misma actitud que el viajero cuya nave ha sido arrojada por la tormenta contra los arrecifes, pero en medio del pánico y del caos se percató de que aún puede ser botado uno de los botes salvavidas, que algunos de los naufragos podrán abordarlo y que si esos sobrevivientes logran sortear las agudas salientes, entonces sería posible que llegaran a una costa cuyos contornos, en medio de la lluvia, los relámpagos y la obscuridad, se adivinan más que se ven. Ese es hoy día el optimismo moderado; no es mucho pero es mejor que nada.

El futuro que hoy se vislumbra en medio de la tormenta y del naufragio de nuestro modelo económico —futuro al que con mucha suerte y pericia podríamos llegar—, es el de un México un poco más democrático que el actual en su cultura cívica y en su forma de gobierno —uno que

haya dejado atrás los elementos, más obviamente autoritarios, característicos hoy de su estructura de poder—; con un aparato estatal menos corrupto más ligero, eficiente y responsable en el desempeño de sus tareas básicas y en su respuesta a las demandas de sus bases sociales; una planta industrial más productiva y moderna, menos parasitaria y explotadora de la mano de obra y

más exportadora; una economía de crecimiento moderado pero firme; y, lo que es más difícil pero más importante: una sociedad que haya moderado sus brutales deformidades actuales, en donde a la supuesta igualdad ciudadana no la contradiga de manera tan obvia la injusta y desigual distribución de la riqueza.

Incluso un optimismo como el aquí descrito necesita tener algunas bases objetivas en qué sustentarse, de lo contrario no sería optimismo sino simple estupidez. Entonces, ¿cuáles son esas bases en que he decidido anclar una visión ligeramente positiva de nuestro futuro colectivo? Bueno, por falta de espacio hoy sólo voy a desarrollar una: la relacionada con el sistema de partidos; es decir, con la posibilidad de llegar a tener uno digno de tal nombre.

★

HASTA hoy, esos que entre nosotros se llaman pomposamente partidos políticos no han sido realmente tales. El PRI, en la práctica, es una secretaría de elecciones del Gobierno Federal. Los de oposición, como nunca han tenido la oportunidad de ejercitar el poder, han sido más bien clubes políticos o grupos de presión, exclusivamente. Si esta vez corremos con suerte —si el fraude es moderado y el abstencionismo no escandaloso— el 6 de julio las cosas podrían empezar a cambiar. En efecto, existe la posibilidad, por primera vez desde la elección de Madero allá en 1911, de inyectar algo de vitalidad a la fantasmagórica democracia política mexicana. En estos comicios, el elector de las zonas más modernas del país —básicamente, pero no en exclusiva, las urbanas— tendrá

ante sí la posibilidad de seleccionar uno de tres proyectos políticos elaborados por otras tantas agrupaciones, las bases de ese sistema de partidos que hoy se está delineando.

La decisión del PMS y del ingeniero Heberto Castillo de renunciar a una candidatura propia en aras de una unificación con la izquierda moderada que encabeza el ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas, es un suceso de primera importancia que muchos comentaristas de centro y de derecha han tratado de disminuir precisamente por estar conscientes de su im-

portancia. Y ésta radica en el hecho de que, por primera vez en mucho tiempo, la izquierda mexicana ha sido capaz, en un arranque de realismo y responsabi-

lidad, de hacer a un lado su tradición de combatirse entre sí con mayor ferocidad que la reservada para sus enemigos reaccionarios, en función de concentrar fuerzas a fin de dar

esta batalla electoral en las mejores condiciones posibles. Quizá esta unificación pueda ser la base de un partido de izquierda con apoyo masivo, capaz de influir de manera inédita en

el destino político de México, disputando al PRI, en nombre de la justicia social, el derecho a gobernar.

Visto desde la perspectiva de la derecha, debe reconocerse que también hubo voluntad para negociar y acomodo en función de la lucha electoral. Por

ello la vieja guardia del PAN aceptó compartir su espacio con eso que se ha llamado el neopanismo. En efecto, no sin problema y recelo, los panistas de tradición aceptaron en su seno a un grupo empresarial que a partir del fracaso del modelo económico en 1982 y de la expropiación

bancaria que trajo consigo, renunció a su alianza tradicional con el gobierno y el PRI, y en cambio buscó transformar al PAN en una organización de lucha. El antiguo PAN, armado con la paciencia de Job, sólo aspiraba a educar a los mexicanos en las virtudes cívicas cristianas, pe-

ro los nuevos panistas se propusieron darle al viejo PAN el carácter de un partido que realmente busca el poder, o al menos influir en la configuración del mismo. A Manuel Clouthier se le ha calificado de "populista de derecha", pero no se le puede negar que la fuerza por él re-

presentada ha logrado, hacer llegar un mensaje antigubernamental y antiestatista a un sector amplio de la clase media, y posiblemente haya tocado también a ciertos sectores populares urbanos.